

tenido en cuenta el texto establecido por A. Smith Lewis sobre la base de dos manuscritos (el de Tur Abdin, que R. Harris proporcionó a Smith Lewis, y el palimpsesto del Sinaí, sir 30, ss. V-VI), sino que ha cotejado las variantes de otros dos textos (el códice de Londres BL Add. 14484, s. VI, publicado por W. Wright, y el de Berlín, sir. 208, sin fecha, publicado por E. Nestle). Además nos ofrece una síntesis de la forma bastante diferente que adquiere el *Protoevangelio* en otro manuscrito publicado por E. A. Wallis Budge (1899, fecha equivocada en p. 138, nota 4), del que se promete la traducción castellana y publicación en el futuro (pp. 139-143).

Aunque el texto siríaco y el griego coinciden fundamentalmente, en la traducción del texto siríaco se aprecia con más frescura el carácter semita de las expresiones y se encuentran variantes de gran interés, entre ellas la que refleja que la «concepción de María puede no entenderse como virginal» (p. 144). Ciertamente que a través de las traducciones no pueden llevarse a cabo estudios rigurosos sobre la lengua original del *Protoevangelio de Santiago*, pero —como se dice en la introducción— puesto que «la duda está entre el griego y una lengua semita (hebreo o arameo) hemos dado la traducción de los textos griego y siríaco —una lengua aramea— que permite hacer una comparación clarificadora» (p. 77). En especial, permite ver «cómo circulaban los textos de las obras apócrifas dentro del cristianismo antiguo» (*ib.*).

No hay duda de que tanto ambas traducciones, como el conjunto de introducciones y notas, hacen de esta obra una publicación muy deseada por todos los interesados en la literatura apócrifa. Pero también es un libro a tener muy en cuenta entre las fuentes de la Mariología: aunque se trata de un

libro no admitido en el canon, sin duda «arroja mucha luz sobre los orígenes de la fe», como sucede con otros apócrifos. (P. C. B., *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, III. B. 1).

J. Chapa

Marie VIDAL, *Un judío llamado Jesús. (Lectura del Evangelio a la luz de la Torah)*, Ed. EGA, Bilbao 1997, 288 pp., 14,5 x 21.

De una manera sugestiva y sin pretensiones de agotar el tema ni ofrecer una interpretación definitiva, Marie Vidal se adentra en los Evangelios teniendo en cuenta la tradición oral judía. Con respecto a esta tradición, las fuentes bibliográficas que utiliza son muy abundantes, y cubre todo el arco histórico desde el período talmúdico hasta el siglo XX.

Su propósito es mostrar a Jesucristo totalmente incardinado en su Pueblo y tradiciones, dando cumplimiento a la Torah y formando parte —en su modo de enseñar— del grupo compuesto por los fariseos. (Es ésta, quizá, la tesis más discutible de la autora).

Vidal recomienda profundizar en la doctrina de la Encarnación valorando todas las consecuencias de que el Verbo hecho carne sea judío y se identificara totalmente con su pueblo. Esto implica aceptar también el valor de la Torah, sin relegarla a «Antiguo Testamento», en el sentido de algo periclitado.

Vidal agrupa los veinticinco capítulos del libro en cinco partes, reflejando la distribución del Pentateuco. La primera y quinta parte («La Torah y las horas del día» y «la Torah y las etapas de la vida») reflejan el significado que el tiempo tiene para los judíos, siguiendo el ritmo de los días y de las horas, pero sobre todo considerando que quien pasa propia-

mente, avanzando en su perfección moral, es el hombre, no el tiempo. La segunda y la cuarta parte, tituladas «La identidad judía» y «La ética judía», pretenden demostrar el arraigo de los Evangelios en la Torah, defendiendo, entre otras cosas, la tesis de que Lucas utiliza una exposición especialmente judía de Jesús, a pesar de lo que la exégesis había afirmado hasta ahora acerca del autor humano del tercer Evangelio (cfr. pp. 19-35). El centro del libro es el Capítulo 13, titulado «Nazaret», subrayando que Jesús pertenece al Pueblo de Israel.

Quizá la aportación más sustanciosa de la obra de Vidal se encuentre en las pistas que desde el universo judío nos ofrecen sus tradiciones respecto a hechos, palabras y situaciones descritas por los evangelistas, y que se dirigen en un primer momento a personas inmersas en ese humus cultural y religioso. Citemos brevemente algunos ejemplos.

En las pp. 39-42 Vidal abre rendijas por las que entra una luz nueva respecto al episodio del canto del gallo y las negaciones de Pedro, señalando cómo en la tradición judía este animal simbolizaba la capacidad de discernimiento entre el fin de la noche y comienzo del día (desaparición de la oscuridad y llegada de la luz), actitud fundamental para quien quiera ser fiel al Señor.

En el capítulo titulado «Las Bienaventuranzas», la a. recuerda que Lucas expone este episodio de la Vida de Cristo siguiendo un modo de Exposición que contraponen el bendecir («bienaventurados...») al maldecir («¡Ay de ti...»), y que se encuentra en el corazón del mensaje de la Biblia con la doctrina de «los dos caminos».

Vidal relaciona el episodio de la agonía y sudor de sangre de Jesús en Getsemaní con otra tradición oral

judía. En esta tradición se narra cómo Dios concede a Adán la perla del llanto que le libra del peso de sus pecados y le restituye su dignidad de sacerdote. Jesucristo, Nuevo Adán, da cumplimiento a esta promesa (cfr. pp. 65-70).

El constante recurrir a la tradición oral judía aparece también en la segunda parte, titulada «La identidad judía»: aquí Vidal contextualiza palabras evangélicas, como p. ej. la frase de las mujeres ante el sepulcro del Señor: «¿Quién hará rodar la piedra?». Esta piedra del sepulcro recuerda, según la a., la que cubría el pozo en el encuentro de Jacob y Raquel (Gn 29,2), que se denomina «grande» al igual que en Marcos. La piedra grande es removida por Jacob que besa a Raquel y le anuncia que es pariente de su padre, y ésta corre a contárselo a Labán. La semejanza con las apariciones de Jesús resucitado a las mujeres está clara. Además, apunta Vidal, según una tradición oral judía, cuando la piedra no se vuelve a colocar sobre el pozo se anuncia que habrán llegado los tiempos mesiánicos (pp. 71-78).

En el capítulo central «Nazaret» Vidal apunta al significado de esta palabra como «la que guarda», según la actitud interior judía de conservar el amor de Dios en el corazón. La a. invita a los lectores a fijar su mirada en la letra Nun de Nazar. Esta «N» compone la palabra «Notser», masculino de Notséret. Es la letra que se encuentra en el núcleo de una especie de letanía llamada: «Los Trece Atributos del Nombres del Señor». En el último mes del verano los judíos recitaban estas oraciones como petición de perdón. Durante este tiempo y contexto sitúa Vidal la lectura de Isafas que Jesús hizo en la sinagoga de Nazaret recogida por Lucas (cfr. Lc 4). Al recitar Éx 34,6-7 en el noveno atributo del Señor se dice: «Él guarda (Not-

ser) su amor durante tres mil generaciones». Esta tradición religiosa estaba llena de evocaciones para los primeros cristianos al considerar el nombre Nazaret como símbolo del Amor y misericordia permanentes de Dios ante el corazón del hombre que desea purificarse.

Vidal sugiere también una contextualización del Padrenuestro en el modo de orar fariseo, y discute la tesis de J. Jeremías cuando considera la expresión «Abbá» como exclusiva de Jesús, y para algunos escandalosa, como modo de referirse a Dios Padre (cfr. pp. 150-151).

La a. relaciona el pasaje de la Resurrección en el que «dos varones» preguntan casi en tono de reproche a las mujeres: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?, con la tradición oral judía en la que aparecen Aarón y Moisés echan en cara al Faraón en su biblioteca el nombre del pueblo de Israel entre los otros que adoran a dioses falsos, por lo que no encuentra nada. Los dos jefes del Pueblo elegido llaman al rey de Egipto estúpido por buscar al vivo entre los muertos.

En el capítulo titulado «Pasemos a la otra orilla» ofrece Vidal una de sus inclusiones más sugestivas, poniendo en relación la orden de Jesucristo a sus discípulos para que crucen el lago con el pueblo hebreo y su paso del Mar Rojo con Moisés. En ese cruzar se encierra un dinamismo de conversión (cfr. pp. 193-199).

En suma, Vidal consigue con su libro el propósito que declara en las páginas de presentación: dar a conocer la enseñanza de Jesús «inmersa en la savia de la Torah» (p. 29). Ciertamente, es muy útil la visión que ofrece, frente a la insuficiencia de las biografías del Señor descontextualizadas del humus cultural y religioso judío.

Sin embargo, el loable esfuerzo de la a. por introducir al lector cristiano en el contexto judaico de Jesús conduce, en ocasiones, a direcciones discutibles, particularmente en la insistencia con que pretende demostrar que Jesús era fariseo, reduciendo la importancia de las discusiones y desacuerdos entre el Señor y esta facción religiosa a mero método de escuela. En este sentido parece cobrar menor relieve la radical novedad de la figura del Señor dentro del pueblo judío.

En un capítulo conclusivo la a. sintetiza las ideas que ha pretendido aportar a lo largo de sus páginas. El que los cristianos reconozcan la identidad judía de Jesús les hará comprender que lo universal se manifiesta en lo particular, y este será un paso importante para el diálogo y la paz. La a. ve en esta actitud una posible inspiración para la paz en Tierra Santa y consecuentemente en todo el mundo (cfr. pp. 257-267).

Un completo glosario de expresiones hebreas utilizadas a lo largo del libro y otras palabras castellanas explicadas desde la óptica de la tradición judía da fin a sus páginas. Es útil para seguir las interpretaciones de la autora y el por qué de sus opciones en la hermenéutica que propone (cfr. pp. 267-283).

R. Hernández Urigüen

HISTORIA DE LA IGLESIA

Enrico DAL COVOLO, *Donna e matrimonio alle origini della Chiesa*, LAS, Roma 1996, 170 pp., 16,5 x 24, ISBN 88-213-0327-6.

Bajo la coordinación de Enrico Dal Covolo se recogen en el presente volu-